

EL SACRAMENTO DEL MOMENTO PRESENTE

Quinta semana – 2024

¡Cuán importante es el momento presente para santificarnos!. Pero para eso tenemos que vivir el Ahora, tratando de evitar cualquier tentación de futuro, cualquier pensamiento del pasado que venga al presente a molestarnos, pero también tenemos que vivir el Aquí. No pensar “mejor en otros lugares, mejor en otras ocupaciones, mejor (...)”. No. En el Aquí y el Ahora buscar a Dios, encontrar a Dios en nuestro interior, en los demás, y así en todas las cosas. Tan importante ha sido esto del momento presente para muchos que ha sido llamado el “Sacramento del Momento Presente”.

Introducción:

Hace dos semanas hablábamos de tres cosas para progresar en la vida espiritual:

1- Convencernos que tenemos que progresar siempre. Ni detenernos, ni ir para atrás, etc. y para esto cuánto ayuda el **propósito particular**.

2- **Rectitud de intención**, focalizando la flecha en cada acto, buscando a Dios en todo lo que hacemos.

3- **El momento presente**. Tan importante es, que el padre Jean Pierre de Caussade, en *El abandono en la divina Providencia*, le llamaba el “Sacramento del momento presente”. También han dado a llamar al dolor “el octavo sacramento”. Aprovechar el momento presente es algo que me dá la gracia, porque me dá a Dios.

EL AQUÍ Y AHORA GRAN MEDIO DE SANTIFICACIÓN

Tratar de vivir el momento presente es un secreto -según el p. Caussade-, para alcanzar la santidad, algo que tenemos muy a mano y se nos escapa muchas veces.

Para eso:

- Vivir el Ahora: el **Pasado** ya pasó. ¿Cuántas veces es un obstáculo para nuestra vida espiritual? ¿cuántas veces vivimos del pasado, con la culpa por ejemplo. Es muy fácil que el demonio nos lo traiga al presente nuestros pecados pasados. No como una ayuda, sino que lo trae como para que sea un obstáculo, nos cause tristeza, desazón, falta de esperanza de ser santos. Mucho discernimiento. Todo lo que sea pasado molesto, que me quite la paz, lo tengo que rechazar.

Como decía San Agustín: «El pasado en Tu Misericordia». Sólo traerlo si me ayuda a vivir mejor el presente. Tengo que cuidar el presente como oro, porque es éste presente el que tengo. Lo pasado pasó, no puedo volver. A los sumo puedo arreglar el pasado viviendo mejor el presente aprovechándome del pasado, pero nó que me moleste.

- El **Futuro**: todavía no llegó. Un autor decía que todos los problemas que tuve “en un futuro” la mayoría nunca existieron. Eso es tentación de futuro. Muchas veces tememos al futuro, y la mayoría de las veces no pasa nada, y son momentos más felices de lo que pensábamos según nuestros criterios. Por eso San Agustín decía «El futuro en la Providencia de Dios». Él cuidará de nosotros. Y si es algo que nos cueste Él nos dará la gracia. ¿para qué me voy a preocupar? ¿de qué sirve?. La preocupación me quita “éste” momento <click> Éste segundo se fue y no vuelve más. Hay que aprovecharlo.

Como dice San Ignacio el enemigo de natura humana odia eso. Odia ese instante en que podemos ganarnos el Cielo. El lo perdió para siempre, entonces odia a Dios, odia a Jesús Nuestro Señor, y por ende a nosotros que podemos ganarnos el Cielo y hace todo lo posible para que perdamos ese momento. No se lo permitamos. Hagamos entonces todo lo posible por vivir el ahora.

- «El **Presente** en Tus paternas manos» decía San Agustín. Busquemos eso, con esa paz del Ahora vamos a poder vivirlo con más intensidad.

El Ahora, pero también el Aquí, porque puedo vivir el Ahora pensando “y... si estuviera en otro lugar... “¡absoluta tentación”. Si pienso en otro lugar no voy a estar en ese otro lugar, simplemente voy a perderme éste instante, voy a perderme el Aquí. Si estoy Aquí es en este lugar que me tengo que santificar. Aquí es donde Dios me muestra Su Voluntad por más adversa que ésta sea.

Yendo más a lo profundo el “cómo me siento”. Puedo pensar “bueno, acepto este lugar, este estado de ánimo... pero cómo me siento... así no me gusta”. Eso también es tentación. Obviamente si estoy desolado hacer la contra -lo que ya sabemos-, pero tengo que amar el momento presente, porque de todo Dios saca provecho, de la consolación y de la desolación. Todo momento es para progresar en la vida espiritual. Entonces vivamos el Aquí y el Ahora.

Para que el Aquí y el Ahora se transforme realmente en un Sacramento, en algo que me santifique yo tengo que encontrar a Dios Aquí y Ahora. Y ojo con cualquier visión de la Nueva Era que “en un pedazo de pan voy a encontrar el Reino de los Cielos” como citábamos a Thích Nhất Hạnh, que trajo el budismo/mindfulness -ya hablamos largo y tendido de eso-. Dios es Otro. Yo no soy Dios. Las cosas no son Dios. Yo **tengo que descubrir a ese Dios en este momento presente**. Tengo que tener ese trato con ese Otro que es Dios, y de ese trato se santifica el momento presente.

Para esto pueden servir tres cosas:

1- **descubrir ese Otro** y su Presencia por la vida de la gracia *si estoy en gracia de Dios* –mas allá de la Presencia del Señor Sacramentado-. Si estoy en pecado mortal no lo voy a encontrar. Santo Tomás dice que tenemos la vida de Dios para usarla, aprovecharnos de ella, en el sentido de hablar con el Señor. Dios se hace **mío**. ¡Dios está en mí!. Esto es cierto y no lo terminamos de creer. «Iremos a Él y haremos morada en Él». Si nosotros entenderíamos eso nos tendríamos que volver locos de amor, locos de alegría. Aprovechemos esa presencia de Dios, y eso va a hacer que nuestro momento presente sea aprovechado.

Decía el Cardenal Feliciano Francisco José Mercier¹:

«Yo voy a revelarte el secreto de la santidad y la felicidad. Todos los días durante cinco minutos controla tu imaginación y cierra tus ojos a las cosas de los sentidos y tus oídos a todos los ruidos del mundo, para poder entrar en ti mismo. Luego, en la santidad de tu alma bautizada (que es el templo del Espíritu Santo), habla con ese Espíritu Divino, diciéndole: Oh Espíritu Santo, Alma de mi alma, ¡Yo Te adoro! Ilumíname, guíame, fortaléceme, consuélame. Dime qué debo hacer; dame Tus órdenes. Yo prometo someterme a todo lo que desees de mí y aceptar todo lo que permitas que me suceda a mí. Solo hazme saber Tu Voluntad. Si haces esto, tu vida fluirá feliz, serena y llena de consuelo, incluso en medio de las pruebas. La gracia será proporcionada a la prueba, dándote fuerzas para llevarla, y tú llegarás a la Puerta del Paraíso cargado con mérito. Esta sumisión al Espíritu Santo es el secreto de la santidad».

Ése acto interior, que puede ser así exactamente con el Espíritu Santo, o puede ser pensando en Nuestro Señor, pensando en Dios Padre, o marianizando el momento (sobretudo los que estamos consagrados a la Virgen), no es una presencia exactamente igual por la gracia, pero sí es una presencia moral, podemos invocarla, tenerla presente para llegar más fácil, más seguro, más directo a Jesús.

Presencia de Dios en el alma, entonces, para que el momento presente sea realmente un momento santo, un sacramento que produzca gracia.

2- En segundo lugar **descubrirlo en los demás**. «Lo que hicisteis a los más pequeños de mis hermanos a mí me lo hicisteis» dice el Señor. Ver a Cristo en el otro, sobretudo el que me cae mal, el que me cuesta, el que me hace sufrir, el pobre, pero “sobretudo”, nó “solamente”: en todos ver a Cristo. También en las personas con quienes vivo. En todos. Importantísimo. Así santifico el momento presente, antes era con Dios dentro mío, pero también con Dios presente misteriosamente en el otro.

3 - Ver a Dios **en todas las cosas**.

Una frase de San Ignacio en una carta hablando de los escolares que no tenían tanto tiempo para dedicarle a la oración:

«pueden ejercitarse en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, por ejemplo conversando con alguien, yendo y viniendo, viendo, saboreando, escuchando, pensando, finalmente en todas nuestras acciones, puesto que es verdad que su divina Majestad está en todas las cosas con su presencia, su poder y su esencia. Esta manera de meditar, que consiste en encontrar a Dios nuestro Señor en todas las cosas, es más fácil que elevarse hasta las cosas divinas más abstractas...». [Epp III, 506-513].

¹ CARDENAL DESIDERIO FELICIANO FRANCISCO JOSÉ MERCIER (21 de noviembre, de 1851-23 enero, de 1926) fue arzobispo de Malines, Bélgica de 1906 hasta su muerte. Además del liderazgo heroico que demostró durante la Primera Guerra Mundial, el Cardenal Mercier fue el anfitrión del famoso diálogo católico-anglicano conocido como las Conversaciones de Malines, y obtuvo el establecimiento de la fiesta litúrgica de la Santísima Virgen María, Mediadora de Todas las Gracias, con su propia Misa y Oficio. Su mentor espiritual fue el Beato Dom Columba Marmion. Mercier también fue un notable erudito tomista, y el fundador del Instituto Superior de Filosofía en la Universidad de Lovaina, así como de la Revue Néoscholastique.

Respecto a los jesuitas admitidos, «se les exhortará a menudo a buscar a Dios nuestro Señor en todas las cosas»². Como si el buscar fuera ya una forma de hallar, conforme a la tradición agustiniana.

Si nosotros estamos buscando a Dios es porque Él nos está atrayendo hacia si.

Según el p. Hurtado vemos cómo entregarnos a Su Voluntad, amar la Voluntad de Dios y todo lo que implica en el momento presente:

«En todo camino espiritual recto, está siempre al principio el don de sí mismo (Principio y Fundamento y Contemplación para alcanzar amor). [...] Antes que toda práctica, que todo método, que todo ejercicio, se impone un ofrecimiento generoso y universal de todo nuestro ser, de nuestro haber y poseer... *En este ofrecimiento pleno, acto del espíritu y de la voluntad, que nos lleva en la fe y en el amor al contacto con Dios, reside el secreto de todo progreso*».

Ahora un par de textos de ese libro clásico de la espiritualidad católica *El abandono en la divina Providencia* del p. Caussade:

«¡Oh Pan de los ángeles, maná celeste, perla evangélica, sacramento del momento presente! Tú nos das al mismo Dios bajo las apariencias tan viles del establo y la cuna, la paja y el heno... ¿Pero a quién se lo das? A los hambrientos los colma de bienes [1,53]. Dios se revela a los pequeños en las cosas más pequeñas; y los grandes, que solo miran la apariencia, no lo reconocen, no lo descubren ni aun en las grandes.

¿Hay algún modo secreto para encontrar este tesoro, este grano de mostaza, esta dracma?

En absoluto. Es un tesoro que está en todas partes, y que se ofrece a nosotros en todo tiempo y lugar. Como Dios, las criaturas todas, amigas y enemigas, lo derraman a manos llenas, y lo hacen fluir por todas las facultades de nuestro cuerpo y potencias de nuestra alma, hasta el centro mismo del corazón. Abramos, pues, nuestra boca, y nos será llenada.

Sí, la acción divina inunda el universo, penetra y envuelve todas las criaturas, y en cualquier parte que estén ellas, ella está, las adelanta, las acompaña, las sigue. Lo único que hay que hacer es dejarse llevar por su impulso (...)»³.

«Así pues, es preciso amar a Dios en todo, en todo su orden providencial. Es necesario amarle sea cual fuere el modo con que se presente al alma, sin desearle de otra forma. Si éstos u otros objetos son ofrecidos, eso no es asunto del alma, sino de Dios, que da lo mejor para el alma. El gran compendio, la máxima más sublime de la espiritualidad, es este abandono puro y entero a la voluntad de Dios, en un continuo olvido de sí mismo, para ocuparse enteramente en amarle y obedecerle, apartando temores y reflexiones, como también las inquietudes producidas por el cuidado de la salvación y de la propia perfección. Puesto que Dios se nos ofrece para arreglar nuestros asuntos, dejémosle hacer, y no nos ocupemos más que de Él mismo y de sus cosas»⁴.

Absoluta entrega a Dios, absoluta confianza en su Providencia. Descubrir a Dios en todo –pase lo que pase, sea bueno o malo a nuestros ojos–, que todo es bueno, porque por algo lo está permitiendo, para nuestro bien. Esto implica mucha virtud, mucho abandono en Dios, mucha entrega, mucha confianza. De esto se trata entonces. Para poder vivir el

² *Constituciones* 288.

³ *El abandono en la divina Providencia*, JEAN PIERRE DE CAUSSADE, cap I, Dejémonos llevar por Dios en cada instante.

⁴ *Idem*, cap IV, Dios es quien escribe nuestra vida.

“Sacramento del momento presente” hace falta morir mucho a uno mismo. Hacer como María Santísima, que como dice el p. Caussade:

«Éstos eran los ocultos medios de la conducta de María, la más simple de todas las criaturas y la más abandonada a Dios. La respuesta que dio al ángel, contentándose con decirle: *Hágase en mí según tu palabra [Lc 1,38]*, sintetiza toda la teología mística de sus antepasados. Entonces como ahora, todo se reducía al más puro y sencillo abandono del alma a la voluntad de Dios, bajo cualquier forma que se presentase. Esta disposición, tan alta y bella, que constituía el fondo del alma de María, brilla admirablemente en estas sencillísimas palabras: *Fiat mihi*. Es la misma exactamente que aquellas otras que nuestro Señor quiere que tengamos siempre en nuestro corazón y en nuestros labios: *Hágase tu voluntad [Mt 6,10]*».

Le pedimos a nuestra Madre del Cielo la gracia de aprovecharnos del momento presente. Que cada momento sea un momento de gracia. Todo Dios se nos ofrece en cada momento, en cada situación, en cada persona, en cada sentimiento. Simplemente depende de nosotros, que con Su gracia, y con la ayuda de nuestra Madre del Cielo lo aprovechemos para nuestra santidad y la santidad de los demás.

¡Ave María y adelante!